

## El nacimiento del periodismo

Parece imposible determinar el nacimiento del periodismo, se trata de un concepto demasiado cómodo, un comodín, como tantos otros, para hacer que nos entendamos. En cuanto lo examinamos debidamente, nos apercibimos de que es elástico, se estira igual que el tejido de caucho y se encoge lo mismo que la piel de onagro, esa piel que sirve de talismán al protagonista de una de las mejores novelas de Balzac. Si adoptamos el concepto-caucho del periodismo, el origen de éste se pierde en la aurora de los tiempos humanos. Las historias de periodismo lo van a buscar hasta el antiguo Egipto, en las estelas y los papiros del Nilo, lo señalan después en las tabletas de Ninive y de Babilonia y creen ya encontrarlo con toda seguridad en Roma, en los *Annales maximi*, los *Comentarii Pontificum* y desde luego en las *Acta diurna pópulo romani*, bajo la dictadura de Julio César. Como prueba decisiva de periodismo romano se suele presentar cierta hoja de unas efemérides de Trimalción, gobernador de provincias, en la que se registra un buen día, el séptimo de las calendas de agosto, el número de nacimientos ocurridos en Cumas (Campania, Italia meridional, cuya capital fue la célebre Capúa), la cantidad de trigo que se había levantado de las eras para encerrarlos en las trojes, el número de bueyes de labor que se habían recogido en los establos, la crucifixión del esclavo Mitridates; el reingreso en las cajas del erario de la cantidad de diez millones de sestercios, sobrantes de la inversión en necesidades públicas, y un incendio habido en los jardines de Pompeyo. ¿No puede considerarse a esta hoja como la de un periódico? A no ser que fuera simplemente un registro sin más publicidad que la oficial.

Lo curioso de todos modos es que se halla un surgimiento del periodismo precisamente bajo una dictadura. Pero, si continuamos adoptando el concepto elástico del periodismo, podemos ir más

allá en el tiempo y en el espacio, remontar las edades alejándonos de las civilizaciones del Mediterráneo y observar en los pueblos primitivos supervivientes hasta nuestros días, las señales que usan —por ejemplo, el tantán— para anunciarse peligros y noticias, periodismo de percusión que continúa utilizándose hoy no sólo entre los pueblos primitivos, sino en los pueblos de las naciones europeas más civilizadas para convocar a los vecinos cuando hay que comunicarles noticias municipales de las leyes y sanciones, ventas y precios, nacimientos y muertes: el pregonero empieza por tocar el tambor y subraya en redobles significativos lo que va diciendo. Volvamos de este concepto más dilatado y empecemos a adoptar el concepto restringido del periodismo. Dejemos a los primitivos y a las civilizaciones más pretéritas, cuyos males no los vimos, ni sus glorias, y dejemos a los romanos aunque oímos y leímos sus historias, como dice el poeta.

Vengamos a lo de ayer, es decir, a la Edad Media de nuestra civilización. ¿Dónde se encuentra el periodismo de esa Edad? En los conventos, naturalmente. Sí, naturalmente, pese a que parezca paradójica la producción de periodismo en los lugares de retiro. En ellos se producía, y en los de más retiro, en las cartujas, precisamente porque éstas se hallaban situadas en los lugares solitarios y llegaban a resultar oasis, ciudades en los caminos. Los turistas que visitan la cartuja más antigua, la que fundó el propio san Bruno, en el siglo XI, que está en un valle de los Alpes, cerca hoy de Grenoble, suelen asombrarse contemplando los succulentos viveros de peces y las cocinas del monasterio con sus calderones pendientes de gruesas cadenas. Tienen que explicarles que en el convento, en una de las casas que acompañaban a los conventos, había una hospedería famosa, un gran hotel diríamos hoy, frecuentada por emperadores, reyes, grandes señores, diplomáticos, clérigos, eruditos, capitanes, mercaderes, todo el vaivén de personajes que viajaban entre Roma y París. La cartuja poseía, además de viveros de peces, huertas, campos y ganados. Un mundo de legos, menestrales y aldeanos se afanaba para sostener la vida contemplativa de unos cuantos cartujos. Aunque éstos no eran los que hacían periodismo en las cartujas sino que se dedicaban a todo lo contrario en sus celdas, no puede evitar la comparación de los cartujos y los periodistas. También en los periódicos, para que los periodistas se dediquen a su labor en cierto modo contemplativa, ha de afanarse un mundo más numeroso de

obreros y empleados que hacen posible la impresión y distribución del número, sin todo lo cual el redactor quedaría anulado. Pasa igual con los militares en las guerras modernas: por cada combatiente que hay en la línea de fuego, ha de haber detrás movilizadas una serie de personas que le proveen de los más variados y complicados pertrechos y de municiones de boca. Junto a las prisiones divinas donde los cartujos alcanzaban la libertad del cielo, los hombres de siglo penaban, se encontraban y se agitaban en el infierno de la vida, cambiaban noticias, pareceres, conocimientos, ideas, recuerdos y presagios que se cruzaban, subían y bajaban, en el refectorio, las cámaras, los patios y la cocina, como los peces en su vivero. Si bajo el César de Roma nace el periodismo de Estado, en los conventos medievales nace el periodismo de clerecía, político, internacional, intelectual y cortesano. Este periodismo empezó siendo ya escrito o inscrito, y el primitivo no fue más que sonoro.

Gutenberg, que no inventó la imprenta sino algo más importante, un pormenor, un detalle, pues en todas las obras humanas los detalles son los que suelen tener mayor importancia, en este caso el pormenor consistió en imprimir, en vez de un texto unido como un dibujo grabado (de tal modo se venía imprimiendo), un texto compuesto con letras separadas, móviles, hizo posible otro nacimiento capital del periodismo. Las ferias mundiales y las ciudades mercantiles habían empezado a ser y lo fueron cada vez más hervideros y divulgadoras de noticias a medida que éstas interesaban a círculos más amplios que la corte y la prelatría. Las grandes casas de la Banca y el Comercio publicaron bajo la advocación de su dios "Mercurio" (según los maliciosos griegos, el dios de la elocuencia, de los comerciantes y de los ladrones), las relaciones epistolares que les enviaban sus corredores con toda clase de noticias. Dichas Casas, olvidadas o anónimas en los manuales que hacían de la historia una sucesión de batallas y matrimonios monárquicos, son estudiadas ahora en primer plano. Sin conocer bien, por ejemplo, las actividades de los Fúcar, como llamaban los españoles a los Fugger, banqueros de Augsburgo, la historia de Carlos V queda reducida en significación al retrato ecuestre y coracero que el Ticiano hizo del emperador. Retrato magnífico, como puede verse en el Museo del Prado, de Madrid, pero la historia, la vida de los hombres, no está hecha por la estética tanto como por la economía. Carlos V, por muy emperador que fuera, dependía, como cual-

quier modesto industrial presente, de sus banqueros. No podía tratar a estos acreedores poderosos como a los pobres comuneros de Castilla. Con los Fúcar no rezó el celoso monopolio del comercio de las Indias Occidentales que había de provocar el odio histórico de Inglaterra a España. Los Fúcar fueron más fuertes que los reyes de Inglaterra y de Francia. Tuvieron sus representantes en Colombia y Venezuela. Tuvieron más de Carlos V en Europa: el derecho soberano de acuñar moneda. Pues bien, parece que aprovechando las facilidades a que llegó la impresión gracias a los adelantos introducidos por la imprenta de Gutenberg, los Fúcar se lanzaron los primeros a convertir en semanal una hoja mercantil, la de su Casa. Y aquí está ese otro nacimiento del periodismo o el nacimiento de otro periodismo: el de empresa, aunque los Fúcar no lo hicieran por ganar dinero ni vendieran su hoja. Pero los impresores imitaron a los banqueros y lograron privilegios para imprimir periódicos y venderlos. Por el mismo tiempo que los Fúcar, un impresor de Amberes, Abraham Verhoeven, pudo publicar un periódico de empresa de información diríamos hoy, *Nieuwe Tydingen*, que tuvo mucho éxito dando, en las diferentes lenguas que se hablaban en los Países Bajos, noticias de la guerra de los archiduques Alberto e Isabel. Se estima también que por entonces se inició en Inglaterra lo que hoy llamamos periodismo con la publicación del periódico *News Letters*, durante el reinado de Jacobo I.

En esa época a caballo en los siglos XVI y XVII se produce la creación o transformación periodística. Todavía en 1600 se cultivaba en París el periodismo oral que he llamado antes, por su origen, de clerecía y que se había hecho profesional en el hombre-periódico, el noticiero de viva voz, el *nouvelliste*. La circulación de este periódico estaba asegurada por los pies de su locutor y por los de sus oyentes. Éstos tenían que prestar semejante colaboración administrativa, pero el periódico les salía gratis y además podían oír varios periódicos al mismo tiempo. Los oyentes acudían a los lugares públicos —plazas, jardines— donde se reunían varios de esos periódicos de carne y hueso, los cuales no se limitaban a cambiar noticias en alta voz sino que cambiaban también razones y apreciaciones sobre ellas, es decir, que no eran solamente noticieros eran asimismo editorialistas y comentaristas, el periódico completo.

“Lo sublime del noticiero —podía escribir La Bruyère— es el razonamiento huero sobre política”. Las noticias así lanzadas eran

propagadas por escrito en las cartas que los oyentes entusiastas y dispuestos a colaborar con algo más que con los pies en el periódico, enviaban a los parientes y amigos de provincias. Eran a su vez manuscritas y copiadas con intención por periodistas profesionales cuando debían circular clandestinamente. Entonces se llamaban “noticias de mano”. La mayor parte de los círculos frecuentados por los “noticieros” poseía su gaceta manuscrita que contaba con servicio de corresponsales en provincias, tenía lectores abonados y le decían “gacetín”, diminutivo de un diminutivo, ya que *gazeta* es, en italiano, el diminutivo de *urraca*. El periodismo de las ciudades mercantiles italianas sacó a relucir este nombre que empezó aludiendo a algo muy periodístico, vivo y libre, como en nuestro tiempo *reporter*. Ignoro si en inglés, de donde ha sido tomada, la designación “reporter” entraña el significado que ha adquirido en el lenguaje periodístico de España y de Francia: no son el de narrar y exponer, sino el de hablar con exceso, repetir indiscretamente, recoger lo que oye y ve, como la *urraca* lo que reluce. La palabra “gaceta” toma en el periodismo un sentido distinto, la significación del periódico controlado y oficial, en el mismo siglo XVII, con la aparición (en 1651) de la *Gaceta de Francia*, que tuvo entre sus redactores a un rey y a un cardenal y fue fundada y dirigida por un prototipo de “periodistas” o de una clase de periodistas, Teofrasto Renaudot. La figura sugestiva de este primer periodista y periodista de primera no me cabe en este artículo sobre el nacimiento del periodismo y no del periodista. Merece artículo aparte y hasta un libro para ella sola.

En el siglo XVIII, con los ensayistas ingleses, las enciclopedistas francesas y la Revolución, aparecen los periódicos de opinión, de oposición y de polémica. Pero, en el siglo XIX, otra revolución, la industrial que transforma las máquinas de imprenta y las comunicaciones, relega a segundo término todo ese periodismo pobre, personal o de partido y reafirma o hace resurgir al periódico de empresa y de información, que alcanza carácter nacional. Las nuevas formas actuales de periodismo: el radial, el cinematográfico, extendido y divulgado cada vez más en televisión, reviven, incluso en las democracias, el periódico de Estado. En cada uno de estos campos del periodismo han florecido títulos universales de periódicos. No se ha hecho ningún estudio sobre ellos. Sería fundamental para la historia de la cultura periodística, como la toponimia lo es para la historia general de los pueblos.

En la historia del Perú se han reflejado todos estos avatares periodísticos del horizonte universal. En las civilizaciones anteriores a la llegada de la europea, hubo el periodismo de señales que ha habido en todas las civilizaciones que desconocieron la escritura. Con los españoles, el primer periodismo que vino fue el de los conventos, las noticias que traían, en su continua renovación de personal, los dominicos, los franciscanos. Luego llegan las Relaciones y los Noticiarios, que eran los documentos (documentales, diríamos hoy) y las Cartas o Mercurios. Más tarde la “Gazeta”, el Diario, todavía en el virreinato. Las ideas de las Cortes de Cádiz, los conspiradores de la Independencia y el ejército libertador de San Martín trajeron el periodismo de opinión: oficial, de oposición, de partido, de polémica. El Dr. José M. Vélez Picasso, catedrático de “Historia del Periodismo” en la Universidad de San Marcos, en su jugoso opúsculo *San Martín y el periodismo peruano*, señala pertinentemente la importancia de esa invasión periodística en sus comienzos. San Martín era un general que no se contentaba con vencer, quería sobre todo convencer. Antes de la Independencia, se asomaron tímidamente: *El Peruano Liberal*, *El Pensador del Perú*, *El Argos Constitucional*, *El Investigador*, *El Ramalazo*. Afianzada la República, se dieron rienda suelta, desde luego, *La Verdad* y también *El Conciliador*, *El Limeño* y todos los periódicos limeños, incluso *El Penitente*. Todos subieron y bajaron, desaparecieron febriles, como *El Termómetro de la Opinión*, se encendieron y apagaron pronto como *La Antorcha*, hasta que en 1839 se fundó *El Comercio*, fuera de los partidos políticos, periódico de empresa y de información, para vivir de los lectores y por consecuencia de la publicidad. *El Comercio* arraigó tan hondo que se publica todavía hoy. Y más aun: a los extranjeros que viajan por el Perú les choca oír que se llega a llamar “comercio” (“Anda, chica, tráeme un comercio”) a todo periódico sea cualquiera el título de él.

Pero, ¿dónde podemos determinar el nacimiento del periodismo? Un diario que ha alcanzado la edad de 114 años nos lo muestra. Ha nacido unas 41 610 veces, es decir: todos los días. Un diario es como la rosa de los poetas. La rosa de los jardines, digan lo que quieran los poetas, no muere el mismo día que nace. El diario, sí. Tiene que nacer otra vez al día siguiente. Es una rosa de papel. Una rosa de los vientos.

(*El Comercio*, 28 de julio de 1953)